

MANUEL ALTOLAGUIRRE
Y EL CINE
(1959)

J.F.Aranda



DÍAZDEL

En el Festival Internacional de Cine de San Sebastián, celebrado en julio pasado, puede decirse tranquilamente que sólo hubo una revelación: *El cantar de los cantares*, de Altolaguirre. Conocíamos ya las singulares cualidades de nuestro poeta para el oficio de guionista, a través de varios films mejicanos, de calidad diversa, pero con un inconfundible denominador común de elegancia de temas. El primer contacto de Altolaguirre con el cine había sido afortunado. En 1951 brindó a su viejo compañero de la Residencia de Estudiantes, Luis Buñuel, la oportunidad de hacer un film no comercial. Buñuel no había trabajado en estas condiciones desde 1932, y sólo en 1950, con *Los olvidados*, había disfrutado de una muy relativa libertad creadora. Altolaguirre se ofreció a pagarle un film, haciendo de productor y guionista. El dinero disponible era poco, e incluso obligó a dejar los rodajes inconclusos. Pero la inteligencia y buen entendimiento entre los dos amigos consiguió dar una buena unidad a la obra en el montaje final. *Subida al cielo* es una obra maestra en todo menor, quizá la más fina de Buñuel, aquella en que lo insólito toma formas de encantamiento y el surrealismo que

flota sobre una comedia llena de poesía límpida es un gesto de rebelión adolescente dominado por el estilo. Claro que Buñuel no es el grosero energúmeno que nos han querido pintar tantas veces, y similares cualidades aparecen en muchos momentos de sus mejores films, sobre todo en *La vida criminal de Archibaldo de la Cruz*; pero en ningún otro film esa forma de ser europeo dominó tanto como en *Subida al cielo*. Después, otras películas con guión de Altolaguirre nos han convencido del peso que el poeta dio a aquella obra aislada del cine mejicano.

Al saber que Altolaguirre se había convertido en director y montador, además de productor y guionista, o sea, autor total de un film, fui a verlo con interés. No me defraudó. *El cantar de los cantares* es, en mi opinión, una de las obras más personales, más osadas y exquisitas que ha dado el cine hispánico.

La película, de hora y media, se limita a recitar “en off” trechos del libro de Fray Luis de León; pausadamente, distanciado por largos silencios o música española de vihuela renacentista, clavicémbalo diezyochesco o pequeños conjuntos de cámara, el film avanza fluido como una acequia andaluza a través de una huerta de imágenes intoxicantes.

Nada más peligroso que un film con ilustraciones visuales a un texto literario. *El cantar de los cantares*, tal como está concebido, tenía 90 por 100 de probabilidades de resultar un film enfadoso, a medio camino entre lo banal del largometraje turístico y lo pedante del film de ensayo de un literato. No lo fue porque su autor es Altolaguirre. La película no está bien medida en el montaje. Hay planos que ganarían acortados; otros, suprimidos; hay, tal vez demasiadas reiteraciones, aunque éstas, llevadas con el sentido de un ritornello, subrayan la estructura musical y casi rococó del film. Los bellísimos colores, que podían desembocar en el efecto ilustrativo, emborrachan la pantalla de intensidades, tan rezumantes, que se integran en el conjunto como puros “conceptos” de sensualidad. Lentos “travellings” sobre frutas, matas de flores tropicales, encadenando con los techos escayolados en churriguerescos altorrelieves de decoración colonial, contrastados con áridos paisajes y rocas sobre las cuales una monja india, deslumbrante, vestida de capa roja y coronada de flores silvestres, se entrega a solemnes gestos rituales...

Creo se trata del primer film que ha retomado seriamente la línea de lo que pudo ser la obra más importante de la historia del cine, el ¡Qué viva Méjico! de Eisenstein —y que, en ciertos pormenores, ha dado un paso adelante—. Altolaguirre, con su sensibilidad malagueña, el peso de su tradición cultural sud-europea, ha visto un Méjico más superficial, más a flor de piel y por eso mismo más táctil y sensorial.

Eisenstein hizo una tesis doctoral sobre el trasfondo precolombiano de la raza mejicana, de su revolución y su futuro, pero el episodio español de su film muestra apenas una España final de siglo. Altolaguirre, en su peregrinaje por los países donde habitaron los españoles, y por sus viejos monasterios, y al darles redoblado sentido con escogidas frases de Fray Luis, ha reivindicado la riquísima tradición del Diecisiete y Dieciocho, sin la cual no se puede comprender totalmente el complejo de la estructura cultural del Méjico actual. Su film es un estudio importante de geografía humana, al mismo tiempo que un libro de poesía cinematográfica lujosamente impreso.

Altolaguirre estuvo en San Sebastián, presenciando la sesión privada donde nos reunimos poco más de una docena de espectadores para ver el film (mostrado en la "Sección informativa" mientras la competición oficial acogía un pésimo film comercial mejicano). A la salida, y al día siguiente, mantuve unas conversaciones con el poeta. Le dije los defectos que en mi opinión presentaba la película. Me habló apasionadamente de *Subida al cielo* y Buñuel, al saber que yo preparaba un libro sobre él; de Méjico y su joven generación de cineastas; de sus nuevos proyectos cinematográficos; de las mejoras que pensaba introducir en su film al revisar el montaje. Ignorábamos que nunca tendría esa oportunidad. Ni él ni yo sabíamos que aquella entrevista de cine fue la última de su vida y que pocos días después moría aplastado por un coche contra la tierra española, que él venía a abrazar después de muchos años de nostalgia por ella.

En su vida a la actividad cinematográfica. En unión con su segunda mujer —María Luisa Gómez Mera—, emprendió esta nueva aventura, que formará parte de su vida hasta sus últimos días. Casi nueve años comprenderá esta nueva etapa profesional. Momentos duros y difíciles acompañaron al matrimonio, en el que sólo, una estrecha unión y tesón, permitieron realizar suficiente cantidad de producciones, de las que algunas forman ya parte de la historia del cine. En 1951 comienza el rodaje en Méjico de la que habría de ser una de sus películas más premiadas: *Subida al Cielo*. Fue la única producción de Altolaguirre dirigida por Luis Buñuel.

J. Francisco Aranda nos refiere: "En 1951 brindó a su viejo compañero de la Residencia de Estudiantes, Luis Buñuel, la oportunidad de hacer un film, no comercial... Altolaguirre se ofreció a pagarle un film, haciendo de productor y guionista. El dinero disponible era poco, e incluso obligó a dejar los rodajes inconclusos. Pero la inteligencia y buen entendimiento En *Ínsula* (Madrid), núm. 154 (1959), p.11.